con una seña particular, y allí metió los quinientos huevos, abandonando despues la caja en las orilles de no sé que rio.

Un pescador apercibió la caja, la abrió, y habiendo hallado intactos los quinientos huevos, los hizo empollar en un horno, segun la costumbre del Japon. ¡Cuál fué su sorpresa cuando, en lugar de quinientos pollos que él esperaba, vió salir quinientos chiquillos! No siendo lo bastante rico para alimentarlos con carne, los mandó á pastar, y estos hijos de Budha vivieron de yerbas de toda especie. Pero los chicos, de excelente apetito, devoraban las praderas, sin provecho alguno para el pescador, y éste tomó el partido de despedirlos.

Despues de haber caminado algun tiempo, los quinientos niños llamaron á la puerta de un espléndido palacio, y allí pidieron hospitalidad. A la vista de estos quinientos pequeñuelos, la dueña del palacio, que de pobre habia llegado á ser rica, quedó sorprendida, se informó de ellos y reconoció á sus hijos.

Este hecho, auténtico como todos los prodígios, enseña á los japoneses que la Providencia vela, siempre por los niños, y que no hay necesidad, como en China, de cortarles el cuello cuando se tienen demasiados.

Y en efecto, el infanticidio, practicado en China como un derecho, es con justicia mirado en el Japon como crímen execrable.

III.

LAS DIVERSIONES EN EL JAPON.

Los japoneses tienen toda la gravedad oriental, lo cual no les impide mostrarse aficionados á los placeres. Con los paseos en las barcas y el espectáculo de las luchas que hemos dado á conocer en el capítulo precedente, sobre el amor en el Japon, el pueblo que nos ocupa encuentra su principal distraccion en los teatros, cuyo número es considerable en las grandes ciudades del imperio.

Bajo el aspecto del arte dramático, los japoneses están incontestablemente mas adelantados que los chinos, cuyas piezas, mezcladas de música son verdaderos *potpurris* para los europeos. Mr. Augusto Haussmann, agregado á la legacion de M. de Lagrenele, y que visitó la China durante los años de 1844, 1845 y 1846, se expresa de este modo hablando de una representacion á la cual asistió en Canton:

«La representacion no ofreció nada de particular, á no ser que el papel de la dama era ejecutado por un chino, bastante mal disfrazado de muger, porque éstas no son admitidas en los *sing-song* (piezas chinas). El actor encargado de este papel tuvo durante toda la representacion levantada en alto la mano derecha, en actitud demostrativa. ¿Era para exprcsar la amenaza ó simplemente para conformarse á una regla del teatro chino? Eso es lo que no pudimos averiguar. La música se hacia oir á cortos intervalos, como en nuestros *vaudevilles;* los actores, mas bien que recitar, cantaban su papel y eso con una voz aguda y desagradable.»

No dice M. Haussman qué instrumentos formaban el acompañamiento al canto. Pero probablemente seria el *King* instrumento compuesto de piedras; el *hiceen*, instrumemto de tierra; el *Che* especie de guitarra de siete cuerdas; el *Tchougton*, formado de doce tablillas, y las tres especies de flautas clasificadas en el Celeste Imperio: el *yo*, el *ty* y el *tché*.

Yo, ménos feliz que M. Haussmann, no he estado en Canton, y solo he oido un concierto de música china, dado por una compañía de chinos en New-York. Habia entre estos artistas, decian, la Sontang de Pekin, una de las cantantes mas renombradas en el Celeste Imperio por la flexibilidad de su voz, por el su encanto y expresion en el arte dramático. No quise perder tan rara ocasion de aplaudir semejante espectáculo, y me fuí al teatro Broadway, donde debia de tener lugar el concierto.

Figuraos, si podeis, unas voces de garganta vacilando entre dos ó tres notas, del efecto mas extraño, lo ménos músical y mas risible del mundo, acompañadas por unas guitarras increibles, por unos violines imposibles, que remedaban los

gritos poco melodiosos del cocodrilo, las notas del gruñido del elefante, los aullidos del chacal, del tigre de Bengala y del leopardo; pues en la China, por encima del instrumento clásico que hemos enumerado, se ha formado una escuela romántica, cuyos adeptos componen su escuela musical de las voces de las béstias.

Hay en las grandes ciudades del Celesre Imperio profesores de tigre, que tambien dan lecciones de caiman; allí se enseña á tocar el rinoceronte como aquí se enseña á tocar el piano; y los solos de lagartos azules y verdes son muy del gusto de los *dilettanti* chinos de la escuela del porvenir, los cuales, por otra parte, hallan agradables al oido algunas fantasías monstruosas.

Yo habia visto ya en Lóndres esta terrible familia de instrumentos, y habia tenido ocasion de hablar frecuentemente en New-York con un frances, primer premio del Conservtorio de música de Paris, el cual dió por algunos años lecciones de pescado amarillo en Macao.

Volviendo al concierto de las chinos que tuve el placer de oir en América, diré que, despues de la incomparable cavatina cantada por la *prima donna* de la compañía, cavatina que habia provocado en todo el salòn risas descompasadas, tuve curiosidad de conocer el sentido de las palabras que acompañaban á tan sorprendente melodía. Pregunté al intérprete, el cual á su vez preguntó á la cantante. Esta era jóven, inocente y tímida; fijó sus miradas en las mias, se ruborizó bajó su color de cobre, y dijo: «Esta es una cancion de amor, en la que al fin el amante hace declaracion de ternura.»

Mas si los teatros en el Japon son mejor construidos y mas vastos que los que los europeos han podido ver en Chi-

na, y si la literatura dramática está allí mas adelantada, no se sigue que la música lo esté igualmente ni sea mas encantadora. Uno de sus instrumentos favoritos es el llamado *syamsía*, compuesto de tres cuerdas, dos de las cuales están acordadas á la octava, y la otra á la dominante. Esta música les deleita y les embriaga, mientras, de seguro, no hallarian gran placer en oir nuestras mejores óperas.

Yo no sé si los embajadores japoneses que París ha tenido el honor de recibir son sensibles á la música de sus compatriotas; pero lo que sé es que se han mostrado indiferetes al oir en la ópera la música bellísima en tantos pasajes de *Pedro de Médicis*. Y es que, en materia de arte, la educacion entra por casi todo en el placer que experimentamos.

«¡Ah, decia con entusiasmo Mme. Sevigne, si en el cielo hay música, no puede ser otra que la música de Lulli!» Las partituras de este maestro son hoy cuidadosamente conservadas en las bibliotecas especiales, y si por casualidad hoy se presentase á examinarlas algun curioso, se expondria á que le dijesen lo que á mí me dijo un dia, en un caso semejante, un oficial de biblioteca: «Señor, es imposible, tiene demasiado polvo, ambos nos ensuciariamos demasiado.»

Pero por poco que sea el valor absoluto de la música japonesa, no dejan ellos de considerar este arte como de orígen divino. Para acompañar á los cantantes en el teatro, tienen una orquesta, compuesta de veintiun instrumentos, entre los cuales figura en primera línea el *syamsía*. Por este pueden juzgarse los demas. Segun las relaciones unánimes de los viajeros, los japoneses no conocen la armonía, y los instrumentos tocan siempre al unísono ó á la octava.

En cuanto á la melodía, es tan pobre de sentimientos y

de ritmo, que ninguna música europea podria dar de ella una idea. Esto no impide que los japoneses escuchen con placer estático sus cantos por muchas horas seguidas. Se necesita que una jóven sea de la mas ínfima clase para que una jóven no sepa acompañar de una manera satisfactoria con la *syamsía* los cantos de amor, improvisados frecuentemente por los poetas.

Los ciegos son muy numerosos en el Japon, quiero decir, los ciegos verdaderos, porque los falsos que mendigan son innumerables. ¿Qué puede hacer un pobre ciego, lo mismo en Oriente que en Occidente, sino tocar una guitarra precedido de un perro?

Ellos forman compañías y orquestas que se dedican á dar solaz en casa de los grandes personajes, en los festines de la clase media, en todas las bodas, en las procesiones religiosas y en las fiestas nacionales. Las orquestas de los teatros japoneses son casi exclusivamente compuestas de ciegos, que solo dejan un pesar al ser oidos: el de no ser sordos.

Casi todos los teatros en el Japon tienen tres órdenes de palcos, dispuestos como hemos dicho anteriormente, de modo que permiten á las damas cambiar de tocado. Los trages de los actores son generalmente muy ricos, y muy adelantado el arte de la decoracion.

Para facilitar la inteligencia de las piezas puestas en escena, se distribuyen entre los concurrentes programas detallados con el nombre de los actores.

Al drama hablado, á la pantomima y á la música, se agrega el baile en ciertos teatros. Los bailes que allí se representan, pertenecen mas particularmente al género de la pantomima, y las danzas que se ejecutan, toman mucho de

las danzas orientales, en las cuales los piés permanecen inmóbiles, miéntras que los brazos y el cuerpo se mueven cada vez con mas viveza, ofreciendo á los ojos todo suerte de posturas graciosas ó extrañas.

En los salones particulares donde no se juega á las cartas ni á los dados, juegos prohibidos por la policía japonesa, los convidados se recrean representando comedias mezcladas de canto y bailando ciertas danzas características del país. Otros se dedican á la partida de lho-ho-yé, que tiene grandes puntos de semejanzas con el juego de ajedrez. El lho-ho-yé, que se llama el noble juego, se juega entre dos con cuarenta piezas, veinte de cada parte, sobre un tablero de ochenta y una casillas. Este tablero es de un solo color, como igualmente las piezas.

Las piezas conquistadas no se echan á un lado, como en el ajedrés; no se quitan del tablero, y sirven en el juego del que las ha ganado para luchar contra el que las ha perdido. Son de diferentes tamaños, y terminan todas por una punta en forma de cabeza inclinada hácia adelante, la cual siempre debe dar frente al adversario. Ademas, cada pieza lléva su nombre escrito, y como en el ajedrez el rey, Oho-Shio, no puede quedar en jaque, y si queda, el juego se da por perdido.

Pero el entretenimiento mas original en el Japon es el que acostumbran tener los convidados en las casas particulares, oyendo contar chismes y murmuraciones escandalosas á los hombres que de profesion se dedican á ello. Estos artistas de nuevo género, averiguan todas las historietas escandalosas de la ciudad y van á contarlas á domicilio, mediante una suma determinada. La señora de la casa donde se recibe haria mezquinamente las cosas, si á las representaciones dra-

máticas, á la danza y al refresco, no añadiese algunos de estos chismosos para distraer á sus convidados.

Naturalmente, los mas espirituales de estos buhoneros, son los mas buscados, y por consiguiente, los pagados con mas generosidad. Por lo demas, esta profesion no tiene nada de degradante, y aún es considerada como un ramo de arte apreciado y recompensado su mérito. ¡Lástima que el Japon no esté abierto á los europeos! Muchos que aquí viven de cualquier modo harian allí gran negocio.

Lo mas curioso es que estos artistas son en el Japon al mismo tiempo los maestros de la etiqueta. Cuentan por ejemplo con toda la malicia apetecible, las ternuras de don Fulano con la señorita H.... ., y bruscamente se interrumpen para recordar el ceremonial á alguno de los oyentes que lo haya olvidado.

El explotador de escándalos suspende su relacion para decir á alguno:

—Señor, no se ponga usted los dedos en la nariz.

Es una inconveniencia limpiarse la nariz con la manga; pues esta no sirve mas que de almacen á los cuadrados de papel con los cuales debe hacerse aquella operacion.

O bien:

—Señora, vuestro abanico no está colocado segun las reglas de la estricta etiqueta japonesa, la cual exije que el abanico de una muger de buen tono descanse en el lado derecho de la cintura, teniendo levantada la manga.

Con frecuencia son llamados estos narradores de escándalos al lado de los enfermos á fin de distraerlos en la convalecencia.

Como todo es contraste en este mundo, donde la locura

escolta siempre á la razon, despues del placer de oir á esos chismosos, no experimentan otro mayor los japoneses que el de las lecturas variadas é instructivas. Llevan el gusto de la lectura hasta la pasion, y á creer á algunos viajeros, la Biblioteca de Yeddo seria una de las mas bellas del mundo entero. A mas de los libros escritos en el Japon, dicen que en esta biblioteca existen traducciones de las obras mas notables de la litaratura europea, sin exceptuar nuestros libros sobre la historia, sobre las ciencias y las bellas artes.

Se ven con frecuencia, durante la estacion de verano, grupos de hombres y mugeres, sentados á orillas de los arroyuelos, ó en ciertos parajes de los paseos públicos, escuchar lo lectura que hace en alta voz alguno de la reunion. Otras veces se les ve solos y aislados leyendo con una atencion rara entre los lectores europeos, para los que á menudo el libro ó el periódico es solo un pasatiempo.

Ahora bien, ¿las facultades literarias de los japoneses están al nivel del gusto que profesan por las letras? A esto no podemos responder, porque si ellos conocen nuestros escritores, nosotros no conocemos los suyos. Es verdad que algunos viajeros se han creido, por los análisis que les han hecho en el mismo país, competentes para juzgar de la literatura japonesa, y la han hallado estúpida; mas es preciso desconfiar de semejantes juicios.

A mas de que para juzgar completamente del mérito de un libro de literatura, es menester saber leerlo en la lengua en que su autor le ha escrito. Importa tambien conocer los hábitos y costumbres que en él se pintan; pues que los caractéres forma uno de los principales méritos del escritor. Estoy seguro de que las comedias de Molière carecen de gracia para los japoneses, cuya sociedad no presenta sin duda

los ridículos de la sociedad de Luis XVI, tan admirablemente puesta en escena por el inmortal cómico.

Entre los espectáculos de segundo órden mas en furor en el Japon, están los ejercicios de los juglares. A tal grado de perfeccion se ha llevado este arte en aquella parte del Oriente, que bien pudiera colocársele en el número de las bellas artes.

Un oficial de la expedicion americana en el Japon, nos da á conocer ciertos ejercicios ejecutados por un juglar del país, que son ciertamente cuanto se puede desear en este género.

«Este juglar, dice, toma un trompo, lo arroja al aire, lo recibe sobre la mano, y lo coloca, sin parar de girar, sobre el filo de la hoja de un sable, bajando y subiendo la punta de este alternativamente para dejar correr el trompo de uno á otro extremo del sable.

«El segundo ejercicio era todavía mas extraordinario. Arregla su trompo, lo tira al aire, y agitando al punto la cuerda de modo que uno de sus extremos tocaba al trompo, vióse que este se enrolló sin tocar el suelo, y vino á apagarse en su mano. Esta operacion, hecha en un abrir y cerrar de ojos, nos sorprendió á todos. El juglar la renovó muchas veces, y siempre con el mejor éxito.

Un tercer ejercicio permitió al juglar desplegar una gracia original. Cogió dos mariposas cortadas de papel, las lanzó al aire y las mantuvo revoloteando con ayuda de su abanico. Como palomas verdaderas, volaban aquí y allí á su alrededor con movimientos contrarios cada una, por mas que él no hiciese aire mas que con un solo abanico. El juglar parecia abanicarse sin cuidarse de sus mariposas. La ilusion era